

**Alberto Giordano, *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*
Buenos Aires, Mansalva, 2008, Colección “Campo real”, 91 páginas.**

Se debe a Alberto Giordano el haber propuesto la noción de “giro autobiográfico” para identificar en la literatura argentina “un movimiento perceptible no sólo en la publicación de escrituras íntimas (diarios, cartas, confesiones) y en la proliferación de blogs de escritores, sino también en relatos, en poemas y hasta en ensayos críticos que desconocen las fronteras entre literatura y ‘vida real’” (p. 13). Sin embargo, y aunque el mismo Giordano, como comenta en el prólogo de este libro, propuso la noción para atraer la atención no sólo de la crítica especializada, sino también del periodismo cultural, su difusión trajo aparejado el uso acrítico de la misma, llegándose incluso a adscribir al “giro autobiográfico” cualquier obra donde se expusieran “huellas” del yo que escribe. Así ocurrió con las que Giordano llama “novelas del yo”, ejemplos de las cuales podrían ser algunas publicaciones de 2007, como *Derrumbe*, de Daniel Guebel, *Historia del llanto*, de Alan Pauls, o *Era el cielo*, de Sergio Bizzio. Según el autor, “siempre hubo ficciones en las que se transparentaban o se exhibían huellas de la vida del autor, no hay ninguna novedad en esto” (p. 8); en todo caso, lo que ha habido es una tendencia a considerar estas huellas como parte de reales experimentos autobiográficos, alentada no sólo por el periodismo cultural, sino también por los mismos autores al promocionar sus libros en entrevistas. Esa adscripción indiscriminada al giro autobiográfico de toda obra que ostente “huellas del yo” se debe, quizás, a “nuestra muy extendida, vigorosa y casi siempre banal cultura de lo íntimo” (p. 8). La cultura de lo íntimo absorbe y banaliza las escrituras autobiográficas: “Confiese lo que quiera, expóngase descarnadamente, con tal de que no tengamos dudas o podamos jugar sin inquietudes a que el que vivió y el que escribe son el mismo” (p. 9). Por lo tanto, habría que hacer un deslinde entre, por un lado, aquellos textos con verdadera intensidad y, por el otro, aquellos que no la tienen: “no es a partir de la extensión de los temas (mayor, menor o mínima, ya sea que comprometan las esferas pública, privada o íntima), sino a partir de la intensidad con que la escritura sobre cualquier tema imagina posibilidades de vida que hay que pensar el nervio político de las experiencias literarias” (p. 12).

Este deslinde parece atravesar todo *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual* (que reúne seis ensayos de Giordano y un apéndice compuesto por dos textos de Nora Avaro); su autor se muestra empeñado en explicar cuándo nos encontramos ante una escritura con verdadera intensidad y cuándo con una que no la tiene; es decir, lo que intenta Giordano a través de los ensayos del libro es trazar límites al supuesto “giro autobiográfico”. Los peligros que según Giordano “acechan detrás de los valores de la cultura de lo íntimo” parecen encontrarse en, por ejemplo, el ciclo *Confesionario. Historia de mi vida privada*, donde distintas personalidades del arte y del espectáculo fueron invitadas para confesarse, bajo lemas como “Confesionario, máxima intimidad con el imaginario ajeno. Siempre entretenido, nunca aburrido”. A partir de algunas de las intervenciones (recogidas en libro en 2006), Giordano diferencia entre aquellas *performances* que utilizan la confesión de manera banal, como mera exposición de hechos privados, y aquellas que la utilizan de la manera en que, según María Zambrano, se produce (o se debería producir) una confesión, es decir, “como método terapéutico en el que la vida se afirma por su potencia de metamorfosis” (pp. 25-26). Así, Giordano reconoce en la intervención del escritor Pablo Pérez “un auténtico ejercicio espiritual” (p. 34), ya que en ella el autor se deja perder en el propio olvido y en la propia indeterminación. Es que, para poder comprenderla, la intimidad debe ser entendida del mismo modo en que la entiende José Luis Pardo en su estudio *La intimidad* (1996): “Según Pardo, lo íntimo no sería, como suele entenderse, una gradación sutil de lo privado, sino una dimensión irrepresentable de la subjetividad, una reserva de indeterminación que escapa a la dialéctica simple en que lo privado y lo público se oponen para poder complementarse” (p. 52). No se trata, entonces, de contar secretos por el mero hecho de ser *privados*, sino de dejarse perder en “la propia ajenidad” que adviene al experimentar una escritura íntima como metamorfosis de uno mismo, donde ese no-reconocerse muestra, precisamente, la existencia de algo íntimo “que no puede, pero quiere ser dicho” (p. 31). Resulta interesante el comentario que, en el mismo ensayo sobre *Confesionario*, agrega Giordano sobre *La vida descalzo* (2006) de Alan Pauls, donde, en su capítulo final, el escritor expone, mediante una paráfrasis de “Sur la lecture” de Proust, su descubrimiento de la literatura como forma de vida; Giordano advierte que el propio artificio en el que la escena se inserta debilita la potencia que el ejercicio autobiográfico de Pauls podría haber llegado a tener: la habría tenido si hubiera confiado en el poder del olvido como transformador de sí mismo en la escritura.

Esa misma “ética” de la escritura autobiográfica se puede encontrar en la lectura que hace Giordano de los ensayos dedicados a Raúl Escari, María Moreno y Elvio Gandolfo. Por ejemplo, en el

libro de Escari, *Dos relatos porteños* (2006), una obra en la que el autor explora recuerdos de su vida, Giordano ve una fuerza que se opone a la reconstrucción autobiográfica lineal, porque su fragmentariedad tiene “la apariencia feliz de lo inacabado (la apariencia que toma la vida cuando es lo que nos sucede)” (p. 15). Escari anota sus recuerdos dándoles la forma de “viñetas”, pero dejando que la potencia del recuerdo invada su presente; por eso, Giordano dice que el libro de Escari comparte con los diarios íntimos esa orientación al presente, “como ejercicio de intensificación de la vida, indiferente a cualquier proyecto de reconstrucción” (p. 18). Hay en el libro de Escari una alusión a dos acontecimientos excepcionales en su vida: su amor por Copi y el dolor ocasionado por la muerte de su hermano, pero sin embargo esos acontecimientos no son relatados, ellos todavía se resisten a la escritura, y se sitúan en un lugar inabordable de manera directa: “La no-verdad de los afectos íntimos, eso que no se puede contar porque *algo* lo impide, es lo que cuenta” (p. 17).

Esta intensidad y esta “apariencia feliz de lo inacabado” que Giordano percibe en la obra de sus “héroes” del giro autobiográfico de la literatura argentina, rompen la distancia crítica que las construcciones literarias imponen a los materiales del recuerdo (como la impone el final de *La vida descalzo*); por eso es que no necesariamente se hará “buena literatura” con ellos, porque las buenas escrituras íntimas “se resisten” (p. 39) a esa identificación que bloquearía su intensidad.

A la altura de estas reflexiones, es cuando el término “giro autobiográfico” mostraría cierta restricción, ya que el impulso que recorre estas escrituras es diferente al que se asocia a un texto autobiográfico estrictamente considerado, del cual se espera cierta “voluntad de totalización” (p. 46), y en el que “la trama de los recuerdos está sujeta casi por completo a la autfiguración de aspectos públicos” (p. 46). Esa inquietud le es planteada a Giordano por un oyente de un seminario realizado en Rosario, que el autor menciona en el ensayo sobre Daniel Link incluido en este libro. Por eso es que, parafraseando a Link cuando habla de cierta “imaginación intimista” contemporánea, según Giordano se podría hablar de “giro intimista” para nombrar la profusa cantidad de escritos que se dejan leer como íntimos. Aunque a Giordano este término tampoco lo convence demasiado (ya que “la heterogeneidad entre lo íntimo y lo privado [...] sobreviviría apenas como una convencional diferencia de grados”, p. 46), es posible considerarlo al ver la forma en que Link cierra la lectura de un texto suyo, “Yo fui pobre”, en el mismo seminario de Rosario: al terminar de leer, Link aclara que él nunca ha sido pobre. Aunque con su aclaración probablemente se haya disminuido el efecto melodramático que provoca este texto, en realidad lo que logra es evidenciar la convicción de que no importa cuánta verdad diga un texto, sino “la experiencia que *se hace* cada vez” (p. 48). Esa noción de experiencia propuesta por Link no resta al texto su entidad de “escritura íntima”, porque “aunque no diga lo que piensa, incluso si no dice ni piensa nada, el sujeto siempre muestra más de lo que sus palabras o sus silencios comunican, una apariencia de sentido que se le escapa pero que otro podría interpretar como la revelación de algo verdadero que lo individualiza” (p. 47). Incluso si no está diciendo la verdad, una escritura íntima realmente intensa estará hablando sobre el sujeto en el momento en que escribe, mostrando esa “dimensión irrepresentable de la subjetividad” que según Pardo es la intimidad, siempre a punto de desaparecer, en ese tránsito momentáneo que es “el paso de la vida a través de las palabras”.

Ignacio Lucia